

¿Frankenstein digital?

José Ignacio González Faus
Cristianisme i Justícia
Barcelona, España

Esta expresión procede del libro de Shoshana Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder* (Barcelona, 2019). En mi opinión, un título más exacto sería “El capitalismo del espionaje y la manipulación”, pero la autora mantiene la expresión ya habitual, usada en el documental de Netflix: *El dilema de las redes sociales* (donde también aparece ella).

Su tesis viene a ser que, si no nos espabilamos mucho, en el futuro seremos totalmente controlados y manipulados por la tecnología digital. Por ahí van caminando ya empresas como Google, Facebook, Amazon... El primer paso consiste en recoger con la tecnología digital infinidad de datos nuestros, que venden a empresas para que estas puedan elaborar una propaganda no general, sino dirigida a cada sujeto en particular. Eso aumenta las ventas de las empresas y proporciona a las redes sociales unas ganancias increíbles. El segundo paso será no solo recoger nuestros datos, sino impulsarnos a actuar como ellos quieren, mientras creemos estar actuando libremente —como en la película *Matrix*, pero sin violencia ni autoritarismo. Como el libro es sumamente largo, intentaré ofrecer aquí una serie de citas literales¹.

1. El hogar y el exilio en el futuro digital

El foco de atención de este libro está puesto en los aspectos sin precedentes de las actividades del capitalismo de la vigilancia, que debemos rebatir e interrumpir, si queremos contener y vencer esta forma de mercado (p. 41).

1. Los subtítulos corresponden a los capítulos del original. Las cursivas son siempre del original. Los números entre paréntesis remiten a páginas del libro.

El capitalismo de la vigilancia reclama unilateralmente para sí la experiencia humana, entendiéndola como una materia prima gratuita, que puede traducir en datos de conductas... para empujar y estimular ciertos comportamientos a fin de dirigirlos hacia unos resultados rentables (p. 21). Una audaz aventura de mercado propulsada por la atribución unilateral de un presunto derecho a disponer de las experiencias de otras personas y del conocimiento que se deriva de tales experiencias (p. 20).

Por esa vía, el capitalismo de la vigilancia nos impone una decisión fundamentalmente ilegítima, que los individuos del siglo XXI no deberíamos tener que tomar, y cuya normalización hace que, finalmente, no solo estemos encadenados, sino que, además, vivamos contentos de estarlo... Los capitalistas de la vigilancia lo saben todo *sobre nosotros*, pero sus actividades están diseñadas para que no puedan ser conocidas *por nosotros* (p. 25). Ahora pagamos por ser dominados (p. 24).

Del mismo modo en que la civilización industrial floreció a expensas de la naturaleza, y amenaza ahora con costarnos a todos la tierra misma, una civilización informacional, modelada por el capitalismo de la vigilancia y su poder instrumental, prosperará a costa de la naturaleza humana y amenaza con costarnos nuestra humanidad misma (p. 26). La mejor forma de interpretar la significación de esos fenómenos es como una privatización de *la división del aprendizaje social*, el eje crítico del orden social del siglo XXI (p. 35). *Un nuevo negocio de la realidad*, que reclama como fuentes de su materia prima todos los aspectos de la experiencia para transferirlos... en datos conductuales (p. 36). Un derrocamiento de la soberanía del pueblo (p. 38).

2. La preparación del escenario

Google es al capitalismo vigilante lo que Ford y General Motors fueron al capitalismo gerencial, basado en la producción en masa (p. 93). El credo del libre mercado se originó en Europa como una defensa general frente a la amenaza de las ideas colectivistas... Buscaba reactivar la aceptación de la autorregulación del mercado... F. Hayek explicó que el sometimiento individual y absoluto a las exigencias de la disciplina del mercado era necesario, porque este último era un “orden extenso” inaprehensible, que sobrepasaba la autoridad política legítima otorgada al Estado... La desigualdad de riqueza y de derechos era algo aceptable e incluso deseable como elemento necesario para el buen funcionamiento de un sistema de mercado y para que este actuara como una fuente de progreso (p. 59)... La regulación y la supervisión estatales, las leyes y las políticas sociales, los sindicatos obreros y las leyes de negociación colectiva y los principios de la política democrática... estaban condenados a

ser sustituidos por la versión de la realidad defendida desde el mercado y por la competencia como principio y solución para regresar a la senda del crecimiento (pp. 60-61).

En cambio, K. Polany concluyó que las actividades de un mercado autorregulado son profundamente destructivas, cuando se permite que discurren sin trabas, libres de leyes y políticas que las contrarresten (p. 61). Antes de que el siglo finalizara, la maximización de valor para el accionista era ya un principio ampliamente aceptado como la “función objetiva” de una empresa (p. 63). En Estados Unidos, las empresas públicas se redujeron a la mitad entre 1997 y 2009 (p. 63).

La economía ha experimentado la mayor transferencia de renta hacia sus estratos superiores de toda la historia... (p. 65). En 2014, casi la mitad de la población estadounidense vivía en una situación de pobreza funcional... Como mostró T. Piketty, una economía de mercado abandonada a sí misma, contiene en su seno poderosas fuerzas de divergencia, potencialmente amenazadoras para nuestras sociedades democráticas... *Las desigualdades económicas y sociales han vuelto a las antiguas pautas “feudales” preindustriales; pero nosotros, las personas, no* (p. 66).

Esta es la contradicción existencial de la segunda modernidad, que define nuestras condiciones de existencia: queremos ejercer el control sobre nuestras propias vidas, pero ese anhelo de control se ve frustrado en todos los ámbitos (p. 68). Vivimos siendo conscientes de que nuestras vidas tienen un valor único, pero somos tratados como si fuéramos invisibles... La contradicción más profunda de nuestro tiempo... es “el abismo que se abre entre el derecho a la autoafirmación y la capacidad de controlar los mecanismos sociales que la hacen visible o invisible” (p. 69).

La fusión entre el capitalismo y lo digital, propiciada por Apple, parecía que podría imprimir un cambio de rumbo, que nos dirigiera a una tercera modernidad (p. 69). Gmail de Google, lanzado en 2004, escaneaba la correspondencia privada para generar publicidad. Cuando una de las primeras usuarias de Gmail recibió un anuncio dirigido según el contenido de sus mensajes y lo denunció, la reacción popular no se hizo esperar (p. 71). Esa manera de actuar es una forma de “expropiación privada”, una confiscación unilateral de derechos sin consentimiento de la persona a la que se le confiscan. Tales contratos representan una “degradación” moral y democrática del Estado de derecho... La mayoría de los usuarios continúan ignorando tan rapaces términos, que permiten que las empresas adquieran derechos sin una negociación previa (pp. 74, 75).

La privacidad, decían, era el precio que había que pagar para obtener unas recompensas tan generosas como la información, la conexión y demás bienes digitales (p. 78). Los recursos para vivir una vida eficaz, que buscamos en el ámbito digital, vienen lastrados con una nueva especie de amenaza: en el momento mismo en que nuestras necesidades se satisfacen, nuestras vidas son objeto de un concienzudo saqueo, en busca de datos conductuales, en beneficio de otros (p. 79). Los individuos tienen atribuido definitivamente el papel de medios para los fines mercantiles de otros (p. 80).

3. El descubrimiento del excedente conductual

Aunque el capitalismo vigilante no abandona las “leyes” capitalistas ya consolidadas, como la producción competitiva, la maximización de beneficios, la productividad y el crecimiento, estas dinámicas previas actúan ahora en el contexto de una nueva lógica... por su necesidad de construir y elaborar unos *medios de modificación conductual*, que incorporen sus medios de producción (basados en la inteligencia de las máquinas) dentro de un sistema de acción más complejo. El modelo de su negocio es característicamente publicitario (pp. 97, 98).

Cada búsqueda en Google produce una estela de datos colaterales, como el número y la pauta de los términos de búsqueda, la manera de expresar cada búsqueda, su ortografía, su puntuación, el tiempo de duración, las pautas de cliqueo y la ubicación (p. 98), con los cuales la corporación construye una historia detallada sobre cada usuario, una especie de “sensor amplio del comportamiento humano”, de la cual extrae inmediatamente una utilidad (p. 99). No es correcto caracterizar a los usuarios de Google como “clientes”, ya que más bien son fuentes de producción de la materia prima del proceso (p. 102). Los anuncios ya no están ligados a las palabras claves usadas en una consulta de búsqueda, sino que se dirigen a cada individuo en particular (p. 107).

Google explota sensibilidades que solo pueden revelar sus datos conductuales colaterales, exclusivos y detallados, sobre miles de millones de usuarios. Son datos conductuales disponibles para usos *adicionales*, a los de la mejora de servicios (p. 108). Google ya no practica la “minería de datos” conductuales con la finalidad exclusiva de mejorar el servicio para los usuarios, sino para que reciban anuncios acordes con los intereses de esos usuarios (p. 112). Los datos conductuales pasaron a convertirse así en la materia prima fundamental, propiedad exclusiva de Google, para fabricar un mercado dinámico de publicidad en línea. La corporación lleva a cabo sus operaciones en secreto, con

total indiferencia hacia las normas sociales o las reivindicaciones individuales (p. 117).

En 2004, AdSense ya había alcanzado un ritmo de publicación de anuncios a razón de un millón de dólares diarios, y en 2010, generaba ingresos anuales de 10,000 millones (p. 119). El mecanismo conocido como *cookie*, fragmentos de código insertados en nuestros ordenadores, que permiten pasar información de un servidor a un ordenador cliente (p. 123), facilitó que los ingresos pasaran de los 347 millones de dólares en 2002, a 1,500 millones de dólares en 2003 y a 3,200 millones de dólares en 2004 (p. 124).

Las invenciones de Ford revolucionaron la producción. Las de Google revolucionaron *la extracción* y establecieron el primer imperativo económico del capitalismo de la vigilancia: *el imperativo extractivo*. En esta nueva configuración de su actividad comercial, *los usuarios dejaron de ser fines en sí mismos para convertirse, más bien, en medios para los fines de otros* (p. 125). Las corporaciones toman datos de los usuarios sin su consentimiento, los transforman en recursos y los ponen al servicio de los fines de otros (p. 128). Esta nueva forma de mercado pone de manifiesto que atender las necesidades auténticas de las personas es menos lucrativo y, por tanto, menos importante que vender las predicciones de sus conductas (p. 132). Las predicciones sobre nuestros comportamientos son los productos que Google vende a sus clientes reales, pero no a nosotros. *Nosotros somos el medio usado al servicio de los fines de otros* (p. 134). La inteligencia de las máquinas procesa el excedente conductual y lo convierte en *productos predictivos*, diseñados para pronosticar lo que sentiremos, pensaremos y haremos, tanto ahora como más adelante (p. 136).

4. El foso alrededor del castillo

La historia del capitalismo se ha caracterizado siempre por tomar cosas procedentes de fuera de la esfera del mercado para, acto seguido, anunciar que han pasado a tener una nueva vida como mercancías. K. Polany lo denominó *ficciones de la mercancía*. La primera de esas ficciones es que la vida humana puede subordinarse a la dinámica del mercado y renacer como un “trabajo” susceptible de ser comprado y vendido. La segunda es que la naturaleza puede trasladarse al mercado para renacer en él como “tierra” o “bienes raíces”. La tercera es que los intercambios pueden renacer convertidos en “dinero” (p. 140). En Silicon Valley, muchos fundadores de empresas han seguido el ejemplo de Google (p. 144).

La “innovación tecnológica” reclama como contexto la a-legalidad (p. 147), “circunscribir la democracia” (David Nasaw) (p. 150). Se trata de una fusión sistemática de los conceptos de *regulación industrial o sectorial* y los de *tiranía*

y autoritarismo (p. 151). Una peligrosa reversión a las doctrinas feudales de las que el derecho mercantil y empresarial se desgajó y evolucionó, a partir del siglo XVII (p. 153). La Corte Suprema ha impuesto pocas restricciones en materia de privacidad a los registros y a la información que las personas dan a terceros (p. 166). Los descubrimientos de Google, en el ámbito de la captura y la utilización del excedente conductual, están protegidos de cualquier escrutinio, al menos parcialmente, merced al nuevo hábitat creado por la demanda militar (p. 169).

En julio de 2017, *The Wall Street Journal* informó que, desde 2009, Google se había dedicado activamente a buscar y a entregar fondos a profesores universitarios para que estudiaran y formularan recomendaciones políticas que apoyaran su postura (p. 176). Barry Lynn difundió un comunicado que elogiaba la decisión histórica de la Unión Europea de imponer una multa de 2,700 millones de dólares a Google.

5. El capitalismo de la vigilancia: secuestrar, acaparar y competir

Seguiremos el rastro de las consecuencias del imperativo extractivo como factor impulsor de la nueva forma de mercado y de su dinámica competitiva (p. 182). Las *cookies* procuran unas economías de escala inmensas, que constituyen la base de las operaciones del capitalismo de la vigilancia (p. 183). Lo que importa no es el mapa, sino los datos conductuales, que aporta la interacción con el sistema. Nosotros somos la fuente de esa mercancía tan codiciada: nuestra experiencia es el objeto de la extracción (p. 184). Productos como Android son más valorados como vía de suministro que por sus ventas (p. 187).

Investigadores chinos descubrieron un proceso encubierto por el cual una aplicación inicia autónomamente otras aplicaciones en segundo plano, en nuestro teléfono. Difícilmente vamos a encontrar una app inocente: si no está siguiendo nuestro rastro ahora mismo, es posible que lo haga la semana o el mes que viene (p. 189). Es así como Google, y otras corporaciones similares, capturan las comunicaciones de voz, hacen caso omiso de la configuración de privacidad, manipulan los resultados de las búsquedas, retienen extensamente los datos de búsqueda, rastrean los datos de ubicación de los teléfonos inteligentes, recopilan secretamente los datos de los estudiantes para fines comerciales y unifican los perfiles de los usuarios. La casa, la calle, la cafetería favorita, todo es redefinido y convertido de pronto en un blanco para la vigilancia y en una mina a cielo abierto. El hecho de que un *software* escanee automáticamente el contenido de los correos electrónicos para hacer de él una nueva fuente de excedente, para la creación de anuncios de publicidad dirigida, ha causado indignación pública (pp. 193-194).

En 2012, Google fue encontrada culpable de infringir la ley, al menos en nueve estados estadounidenses (p. 199). Las nuevas imágenes —en las que cada píxel abarca alrededor de 32 centímetros de la realidad— permiten identificar lo que tenemos sobre la mesa. Una vez lograda esa frecuencia, podemos empezar a añadir el análisis del “patrón de vida” (p. 210). Así se abre la posibilidad para influir en la conducta real, en los espacios no virtuales de la vida cotidiana. Se sugieren destinos y tiempos de desplazamiento sin que llegemos siquiera a seleccionar a dónde queremos ir. Google, el copiloto, va recordando girar a la izquierda o a la derecha, según un trayecto definido por su conocimiento permanentemente acumulativo del usuario (p. 212). Los defensores de la privacidad pronosticaron que estas tecnologías transformarían radicalmente la conducta pública de las personas (p. 216). Puede que la desposesión sea un acto de simple latrocinio, ya que transfiere sistemáticamente conocimiento y derechos de los muchos a unos pocos (p. 218).

La publicidad, principalmente por los dispositivos móviles, representó casi la totalidad de los ingresos durante el segundo semestre de 2017: 9,200 millones de dólares de un total de 9,300 millones, lo cual supone un incremento del 47 por ciento respecto al año anterior (p. 223). Las corporaciones que sacan partido de sus datos tienen un potencial recaudatorio de 1.6 billones de dólares en ingresos, más que las que no los aprovechan (p. 224). Cortana está pensado para obtener del usuario una deslumbrada y agradecida rendición: “sé tanto de ti, que puedo ayudarte de un modo que ni siquiera te esperas. Puedo ver pautas que tú no ves” (p. 225). Conoce las preferencias a partir de las compras pasadas, conoce el perfil y puede aplicar un modelo de recomendaciones para determinar con qué productos hay mayor afinidad de compra. El sistema se concede a sí mismo el derecho de transmitir montones de nuestros datos personales a los servidores de Microsoft y a usar nuestro ancho de banda para fines propios y particulares. “La privacidad de nuestros clientes es importante para nosotros aunque, claro está, no lo suficiente como para renunciar al imperativo extractivo, ni para permitir que los proveedores de nuestra materia prima puedan poner en cuestión el programa de desposesión seguido por la corporación” (Verizon, p. 234).

Los mecanismos fundamentales del nuevo capitalismo son la legitimidad de la desposesión unilateral del excedente, los derechos de propiedad y de decisión sobre dicho excedente, y el derecho a un espacio sin ley para desarrollar esas actividades (p. 236). Todo consumidor que paga la factura de su operadora de telecomunicaciones, también adquiere con ella el “privilegio” de ser desnudado, para ser sometido a un registro digital abstracto y a distancia, pero no por ello menos rapaz (p. 237). Los derechos de decisión y la privacidad a que dan lugar se han convertido en un lujo, que demasiadas personas ya no se pueden permitir; la privacidad es la prenda que se paga por la participación social (p. 239).

El capitalismo de la vigilancia nació digital, pero ya no se limita a las empresas surgidas originalmente en el entorno de la red (p. 241).

6. Secuestrados: la división del aprendizaje social

Google ha declarado formalmente que la experiencia humana es una materia prima que se puede tomar gratuitamente, que tiene derecho de capturar la experiencia de un individuo para traducirla en datos conductuales, que ese derecho le otorga, asimismo, la propiedad de esos datos conductuales, derivados de la experiencia humana, que tiene derecho a conocer lo que esos datos revelan y a decidir cómo usar el conocimiento adquirido, y, finalmente, que tiene derecho a establecer las condiciones que mejor preserven su derecho a la captura, la propiedad, el conocimiento y la decisión. Así, pues: una era de conquista (p. 247).

Casi nada, excepto un virus biológico, puede aumentar de escala con la rapidez, la eficiencia o la agresividad con la que pueden hacerlo las plataformas tecnológicas. Valiéndose de esa fortaleza, el capitalismo de la vigilancia consigue dominar la *división del aprendizaje social*, el principio axial del orden social, en una civilización informacional (p. 248). En efecto, el principio ordenador del lugar de trabajo ya no es la división del trabajo, sino *la división del aprendizaje* (p. 249). Gracias a nuestros ordenadores, nuestras tarjetas de crédito y nuestros teléfonos, y gracias a las cámaras y los sensores, que proliferan en los espacios públicos y privados, casi todo lo que hacemos está mediado por computadoras que registran y codifican los detalles de nuestra vida diaria, en una escala que nos habría resultado inimaginable hace apenas unos años (p. 251).

La división del aprendizaje está derivando hacia una patología y una injusticia por culpa de las asimetrías del conocimiento (p. 255). Las leyes del capitalismo de la vigilancia hacen imperativo tanto su secretismo como su continuo crecimiento (p. 257). El intelecto y los conocimientos se encuentran así en un reducido número de compañías. La nueva casta sacerdotal (p. 257).

El procesamiento de la información está evolucionando y se está transformando en un elemento esencial de las estrategias manipulativas de largo plazo, pensadas para moldear y ajustar la conducta individual (p. 262). El ordenador pone en peligro la autonomía humana. Cuanto más se sabe de una persona, más fácil resulta controlarla (p. 265). Los capitalistas de la vigilancia se dan un festín con nuestra conducta, sirviéndose de ella para sus propios fines (p. 267).

7. El negocio de la realidad

Las tecnologías que calan más hondo son las que se pierden de vista: su imbricación en la vida diaria es tan íntima, que terminan por pasar inadvertidas (p. 272). No hay mejor modo de predecir el comportamiento que intervenir directamente en su fuente para moldearlo (p. 274).

Algunos dispositivos electrónicos se adhieren directamente a la piel, en forma de tatuajes o de maquillaje. Hasta las uñas y las muñecas se transforman en interfaces computacionales, capaces de leer los gestos de los dedos, incluso sin mover las manos (p. 283): el aparato computacional sensitivo ubicuamente conectado (p. 285).

La lavadora de aquel señor, el acelerador del coche de aquella señora y la flora intestinal de cualquiera... se funden en una única dimensión de equivalencia, convertidos en activos informacionales, que pueden desagregarse, indexarse, navegarse, manipularse, analizarse, volver a agregarse, producirse, convertirse en productos, comprarse y venderse, y todo ello en cualquier momento y lugar (p. 288).

Uno entra en Google y le parece que todo aquello es gratis; pero no lo es. Les estamos dando información y ellos venden nuestra información. Esta clase de certeza implica que los contratos de seguros... se rijan cada vez más por procesos automáticos (de máquinas), que reaccionan casi de inmediato a las mínimas infracciones de los parámetros prescritos y que, por consiguiente, disminuyen sustancialmente el riesgo, cuando no lo eliminan por completo (p. 292). El sistema Loanplus, que gestiona garantías, envía alertas a los conductores, cuando se retrasan en algún pago; inmoviliza a distancia el vehículo, cuando la demora sobrepasa un plazo predeterminado y localiza el vehículo para que el agente de la entidad prestadora lo pueda recuperar. La telemática augura el amanecer de una nueva era de control conductual. En la actualidad, las aseguradoras pueden suprimir la incertidumbre, influyendo en el comportamiento y modelándolo (p. 293). “Podemos observar comportamientos que *antes resultaban inobservables y redactar contratos sobre ellos*. Esto hace que sean posibles transacciones que *antes eran sencillamente inviables*”. “Saben qué restaurantes nos gustan porque vamos allí con el coche, y así pueden recomendarnos restaurantes mientras estamos conduciendo; restaurantes que pagan por esas recomendaciones” (p. 295).

En el futuro, la tecnología de la información estará en todas partes, como la electricidad (p. 303). Toda doctrina de la inevitabilidad es portadora de un acerado virus de nihilismo moral, programado para atacar la libre capacidad de la acción humana (p. 306): todas las personas del banco detestan lo que hace,

pero, aun así, el banco lo hace. El banco es algo más que seres humanos: es el monstruo. Ellos lo crearon, pero no lo pueden controlar (p. 307). Unos algoritmos diseñados para mantener los comportamientos críticos dentro de una zona de acción prescrita, gestionan esos datos (p. 311).

8. La rendición-conversión²: de experiencias a datos

No puede haber capitalismo de la vigilancia sin rendición-conversión (p. 317). Ya hemos visto que la desposesión de la experiencia humana es el pecado original de este capitalismo. La experiencia humana es tratada como materia prima y transformada en datos, lo cual abre un campo enorme de posibilidades, desde la fabricación hasta la venta de determinados productos (p. 316). Por eso, los hogares están en el punto de mira del capitalismo de la vigilancia. El uso eufemístico del concepto *consentimiento* no puede ya desviarnos de los hechos, tal y como son en toda su crudeza. En los términos del capitalismo de la vigilancia, la rendición-conversión procede por lo general sin autorización previa, de forma unilateral y es condición secreta y desvergonzada (p. 326).

Si podemos tejer el sensor en la tela, como un material más —explica el líder de ese proyecto—, nos alejamos de la electrónica. Estamos haciendo que los materiales básicos del mundo que nos rodea sean interactivos (p. 333). Hoy, los desarrolladores ponen especial énfasis en que la tecnología portátil debe pasar “desapercibida”, para no provocar alarmas (p. 334).

Entre el 4 y el 6 por ciento de las aplicaciones, llegan aún más lejos: leen las listas de nuestros contratos, llaman a números de teléfono encontrados en nuestro dispositivo, modifican nuestros contactos, leen nuestro historial de llamadas o activan nuestro micrófono para grabar las conversaciones (p. 339). Si se interrumpe la rendición-conversión, el capitalismo de la vigilancia no puede sostenerse, pues toda su actividad descansa sobre ese pecado original (p. 342).

9. La rendición-conversión: desde las profundidades

Hubo un tiempo en que éramos nosotros quienes buscábamos en Google; ahora, es Google quien busca en nosotros (p. 354). La rendición-conversión acaba dominando hasta las fuentes de suministro más inocentes. Ese es el caso de los juguetes, que se han convertido ahora en “juguetes que espían”. La aplicación tiene acceso a la mayoría de las funciones del móvil, incluidas muchas que

2. La traducción en español utiliza mucho ese binomio, que equivale a algo así como “entrega confiada”. No te rindes porque te hayan vencido, sino porque te han convencido (o comprado).

son irrelevantes para el funcionamiento del juguete. La aplicación activa una conexión que enlaza el juguete con Internet y graba y sube a la red conversaciones, mientras el juguete anima a jugar (p. 359).

En 2018, Amazon había firmado acuerdos con algunos promotores de viviendas para que estos instalaran sus altavoces Dor directamente en los techos de esos nuevos hogares (p. 362). Facebook no tardó en convertirse en una de las fuentes más autoritarias y amenazadoras del excedente conductual predictivo (p. 367): los llamados metadatos o indicadores métricos de nivel medio (p. 371), extraídos de nuestras profundidades. La información publicada en Facebook revela la personalidad real del usuario (p. 367). En 2010, Mark Zuckerberg hizo aquel famoso anuncio de que los usuarios de Facebook ya no podían dar por supuesto que la privacidad siguiese siendo una norma social (p. 369). Las empresas y los negocios en línea pueden ajustar su conducta a la personalidad de cada usuario y así diseñar recomendaciones de *marketing* y de productos psicológicamente adaptados a cada individuo (p. 370).

Kogan Technologies logró elaborar perfiles psicológicos de entre 50 y 87 millones de usuarios de Facebook, datos que luego vendió a Cambridge Analytica (p. 378), que no hizo más que reorientar la maquinaria capitalista de la vigilancia para aplicarla más allá de los mercados comerciales. Esto es peor que acosar, pues la gente no sabe necesariamente lo que se le está haciendo (p. 379).

El capitalismo de la vigilancia reclama la capacidad de acción de las personas como precio a pagar por la información y la conectividad (p. 380). Una breve historia de una investigación sobre las emociones humanas concluye diciendo que “cuanto más sienten las personas, más gastan”. Algo tan intangible como las emociones, se traduce en algo muy concreto como la actividad social, el reconocimiento de marca y los beneficios. Algunas organizaciones quieren percibir las emociones humanas sin que las personas lo sepan o hayan consentido en ello (p. 393).

10. Haz que bailen

En estos momentos, el verdadero poder estriba en que las acciones se pueden modificar en el mundo real y en tiempo real (p. 395). A escala individual, supone disponer del poder para adoptar medidas que anulen lo que estamos haciendo o incluso que nos lleven por un camino que no hemos elegido (p. 396). Los controladores pueden saber si no debemos conducir y entonces apagar el motor del vehículo, pueden ordenar a la nevera: “cierra, porque no debería estar comiendo ahora”, o pueden decirle al televisor que se apague para que

durmamos un poco (p. 398). El objetivo es cambiar la conducta real de las personas y cambiarla a gran escala (p. 399).

Las pistas subliminales, cuidadosamente diseñadas por Facebook, indetectables e incontestables, saltan más allá de las pantallas de los dispositivos y entran en la vida diaria de cientos de miles de ingenuos usuarios. Facebook manipula a gran escala y de forma rutinaria el comportamiento de sus usuarios, utilizando medios indescifrables para los observadores externos y, por tanto, incontestables (p. 409). Asimismo, Facebook es propietaria de unos medios inauditos para modificar la conducta, los cuales operan de forma encubierta a gran escala y sin mecanismos legales de consentimiento ni control (p. 410).

La amenaza contra la autonomía humana empieza por el ataque a la conciencia, por el acoso y derribo de nuestra capacidad para regular nuestros pensamientos, nuestras emociones y nuestros deseos. El determinante más importante de la capacidad de un individuo para resistirse a la persuasión es la facultad de (pre)meditar (p. 414). Basta con recordar los estragos que causó el sector financiero de las hipotecas basura o *sub-prime*, cuyo hundimiento contribuyó a desencadenar la crisis financiera de 2008. Autonomía significa regularse a sí mismo y se opone a la heteronomía, que significa regularse por otros, por unas prerrogativas o derechos privativos sobre el rumbo futuro del comportamiento de otros (p. 415): los nuevos medios de modificación conductual representan una nueva era regresiva de autonomía del capital y de heteronomía del individuo (p. 430).

La opinión pública rechazó el *best-seller* de B. F. Skinner *Más allá de la libertad y la dignidad* (1971), con el argumento de que había cuestiones culturales más importantes que la preservación y la ampliación de la libertad humana (p. 438). Ahora, sabemos que *la capacidad de los capitalistas de la vigilancia para eludir nuestra conciencia es una condición esencial para la producción de conocimiento* (p. 440).

11. El derecho al tiempo futuro

Nos enfrentamos a un momento de la historia en el que un elemental derecho al tiempo futuro corre el peligro de desaparecer, en manos de una arquitectura digital “pan-invasiva”, que modifica la conducta (p. 447). El objetivo del capital de la vigilancia no es destruirnos, sino simplemente convertirse en nuestro autor para sacar provecho de esa autoría (p. 453). Este capitalismo posee una lógica de acumulación sin precedentes en la historia, la cual está definida por unos imperativos económicos nuevos, el llamado *imperativo extractivo*, que expresa la necesidad de que se formen *economías de escala*, en la *acumulación de exce-*

dentes (pp. 454, 455). Rechacemos ese pacto fáustico de participación a cambio de la desposesión (p. 457).

K. Polanyi reflexionó sobre cómo el capitalismo industrial, con su dinámica de mercado, destruía aquello mismo que se proponía comprar y vender, si nadie le ponía freno. El capitalismo industrial puso en su punto de mira la naturaleza, con ánimo de conquistarla (como cosa) para colocarla al servicio de sus intereses, por su propia lógica interna de acumulación y sus correspondientes imperativos de maximización de beneficios, competencia y aumento constante de la productividad laboral. En la actualidad, el capitalismo de la vigilancia tiene en su punto de mira a la naturaleza *humana* (p. 465) y *amenaza con costarnos nuestra propia humanidad* (p. 466). Ante ello, no podemos evitar preguntarnos qué clase de civilización presagia ese capitalismo (p. 468).

12. Dos especies de poder

Equiparar el poder instrumental con el totalitarismo nos impide comprender bien su potencia (p. 473). El poder instrumental nos lleva por una dirección radicalmente diferente, aunque sus aspiraciones son, en muchos sentidos, igual de ambiciosas (p. 474). La producción de almas es más importante que la de tanques (p. 476).

El totalitarismo era un proyecto político que, en convergencia con la economía, arrolló a la sociedad. El instrumentalismo es un proyecto de mercado que, en convergencia con lo digital, alcanza su propia y singular forma de dominación social (p. 483). El ser humano es reformulado como *un ello, un otro, un ellos* de organismos. La libertad de acción en el mundo animal significa lo mismo que los accidentes en el mundo de la física: fenómenos sobre los cuales no disponemos de suficiente información. En realidad, libertad e ignorancia son términos sinónimos (pp. 487-488). El entorno determina la conducta y el hecho de que no sepamos exactamente cómo lo hace es el vacío que llenamos con la fantasía de la libertad (p. 488). Hay aquí un cambio de perspectiva desde el ser humano como alma al ser humano como organismo (p. 489): la libertad ya no es otra cosa que una ignorancia que aguarda a ser conquistada (p. 490). Skinner señaló las previsiones meteorológicas como ejemplo emblemático de esa transformación desde la ignorancia hacia las leyes (p. 492)³.

3. Alusión a *Walden dos*, novela de Skinner, que dibuja una comunidad que vive tranquila y sin enfrentamientos en un bosque. Más que una novela, parece una especie de diálogo platónico. Al parecer, Skinner quería una comunidad tranquila y sin enfrentamientos. Los capitalistas de la vigilancia buscan el provecho propio.

13. El *Gran otro* y el auge del poder instrumental

El capitalismo de la vigilancia es el titiritero que mueve los hilos del omnipresente aparato digital, el *Gran otro*, e impone su voluntad a través de él. Gracias a sus capacidades, el poder instrumental reduce la experiencia humana a comportamientos observables y medibles, sin permanecer indiferente al significado de esa experiencia (pp. 503-504). En vez de infligirnos la muerte o de torturarnos, el aparato instrumental amputa nuestra propia conducta (p. 505). El poder se identificaba tiempo atrás con la propiedad de los medios de producción, pero ahora se identifica más bien con la propiedad de este medio de modificación conductual que es el *Gran otro* (p. 507). No hay violencia alguna, solo el constante desplazamiento de la voluntad de querer que se había encarnado hasta ahora en la libre determinación personal (p. 509). ¿Va a ser este el hogar que nos espera: la automatización del yo como condición necesaria para la automatización de la sociedad y todo en aras de unos resultados garantizados para otros? (p. 511).

El instrumentalismo se ha convertido en la maldición de este siglo, sencillamente porque se ocupa, por aterradoramente que esto sea, de sus problemas (pp. 511-512). El poder instrumental llena el vacío, mediante la sustitución de las relaciones sociales por máquinas, lo cual equivale a *sustituir la verdad por la certeza* (p. 513). El Estado invoca ese poder como solución para la amenaza del terrorismo (p. 514) y la incertidumbre (p. 516).

Nos puntúan en Uber, en eBay, en Facebook y en otras muchas corporaciones. Pero estas son solo las puntuaciones que podemos ver. La tendencia a la ingeniería social y a dar “empujoncitos” a los individuos para encaminarlos hacia una conducta “mejor”, forma parte de este enfoque, impulsado por Silicon Valley. Sus creadores y promotores piensan que el poder disruptivo de la tecnología puede resolver los problemas humanos de una vez por todas (p. 525).

14. Una utopía de certeza

Cientos de ordenadores en todas las estancias, todos ellos capaces de percibir sensitivamente a las personas que tienen cerca y enlazados a través de redes de alta velocidad, constituyen el cimiento de un poder sin precedentes, que puede reconfigurar a la sociedad de formas y maneras que carecen también de antecedentes (p. 531).

El totalitarismo busca la totalidad como condición política y recurre a la violencia para despejar su camino. El instrumentalismo busca la totalidad como condición para dominar el mercado y recurre a la división del aprendizaje, posibilitada por el *Gran otro*, para que le despeje el camino (p. 352). La inteligencia

de las máquinas devolverá a la humanidad al jardín del Edén y la liberará del trabajo y de las dificultades. De esa manera, la instalará en un reino del ocio y de la realización personal. Por tanto, deberíamos aceptar gustosos la oportunidad de apoyarnos en el *Gran otro* y subordinar voluntariamente todos los derechos de conocimiento y decisión al plan de Google (p. 535). Por escuetas y secretas que hayan sido hasta el momento las teorías de los capitalistas de la vigilancia, lo cierto es que el poder instrumental que manejan puede lograr que sus sueños se hagan realidad o, al menos, que desaten un torbellino de consecuencias (pp. 541-542).

Las relaciones entre las máquinas se elevan a la categoría de modelo o de plantilla de las relaciones de una nueva era. La inteligencia de las máquinas, alojada en el centro de operaciones, aprende a identificar los patrones causales para apagar de forma preventiva un equipo o un aparato, en apenas un par de segundos, antes de que se produzca un suceso potencialmente perjudicial (p. 543). El objetivo es convertir a la sociedad del siglo XXI en un objeto de primera clase, organizado a imagen y semejanza de la colmena de las máquinas (p. 547). El sacrificio de la libertad es el precio que necesariamente habría que pagar por “la seguridad” y “la armonía” de una sociedad libre de anomalías, en la cual los procesos estarían optimizados para alcanzar un bien superior (p. 549). Los vehículos autónomos nos enseñan que podemos aprender y hacer más si lo hacemos colectivamente. *Las máquinas no son individuos y nosotros deberíamos parecerlos más a las máquinas*. Las máquinas se imitan unas a otras y nosotros deberíamos imitarnos (p. 551).

La colmena de las máquinas se convierte en el modelo de conducta de una nueva colmena humana, en la cual todos desfilamos pacíficamente al unísono, en una misma dirección. Los resultados correctos se conocen de antemano y están garantizados por la acción (p. 552). *Vista a ojos de Dios* (p. 556).

15. El colectivo instrumental

En nuestra vida diaria, vamos dejando migajas de pan digitales: registros de las personas a las que llamamos, de los lugares a los que vamos, de las cosas que comemos y de los productos que compramos. Ese rastro de migas cuenta una historia más concreta de nuestras vidas, que lo que podemos revelar conscientemente de nosotros mismos (p. 561): un conjunto de datos sin precedentes sobre la conducta humana continua (p. 562). Las corporaciones utilizan su privilegiada aprehensión de la realidad para influir en la conducta y para guiarla hacia la maximización de sus propios objetivos (p. 561): “el análisis de personas” (p. 563).

La sensación de vigilancia disminuirá en la medida en que los sensores se vayan haciendo más pequeños y, por consiguiente, su presencia pase cada vez más inadvertida (p. 564): la revolucionaria nueva ciencia de la física social (p. 565). A. Pentland se dio cuenta de que el factor que siempre estropeaba las cosas eran las personas, pues “si las personas no interactúan correctamente y la información no se difunde tampoco de forma adecuada, la gente toma malas decisiones” (p. 566).

El *Gran otro* no estaría completo si no lograra también una buena comprensión de *la conducta humana* a escala global (p. 568). Pentland prefiere hablar de poblaciones antes que de sociedades. Sus respuestas no pasan por la persuasión o la educación, sino que apuntan directamente a modificar la conducta (p. 569). Lo que nos arriesgamos a perder por esta vía sería recompensado socialmente con creces al tener empresas y gobiernos eficientes, un mundo organizado totalmente para nuestra comodidad y conveniencia (p. 570). Disfrutaríamos así de una sociedad instrumental, movida por los datos y gobernada por la computación: “en pocos años *es probable que tengamos ya disponibles datos increíblemente detallados (y continuos) sobre el comportamiento de la práctica totalidad de la humanidad. En su mayoría esos datos ya existen*” (p. 571).

En *Más allá de la libertad y la dignidad*, Skinner defendía que la virtud de una sociedad planificada consiste en mantener la inteligencia en su debido cauce, buscando el bien colectivo, en lugar del bien individual de la persona inteligente: “un mundo sin guerras, ni cracs financieros, en el cual las enfermedades infecciosas sean detectadas y frenadas con prontitud, en el cual la energía, el agua y los otros recursos ya no se desperdicien” (p. 573). El bien llega orientado de antemano hacia los intereses de los propietarios de los medios que modifican la conducta (p. 574).

A todo eso se llama “autocontrol”. Pero *el control siempre descansa, en definitiva, en manos de la sociedad* (p. 578). Este giro que nos lleva de la sociedad al enjambre y de los individuos a los organismos, es la piedra angular sobre la que se sostiene la estructura de una sociedad instrumental (p. 579). Y constituye, además, un imperativo social: la muerte de la individualidad (p. 581). El concepto de libre albedrío no es más que una desafortunada rémora de una edad oscura, en la cual la ciencia no había demostrado aún que vivimos bajo el control de un medio ambiente social, construido por millones de otras personas: una persona no actúa sobre el mundo, es el mundo el que actúa sobre ella (p. 583). La “física social” frente al libre albedrío y la dignidad (p. 584).

Los capitalistas de la vigilancia se esfuerzan mucho por camuflar sus fines, en la medida en que se vuelven diestros en el manejo del poder instrumental para modelar nuestra conducta (p. 587). La ideología de la flaqueza humana no

solo facilita un motivo para el desprecio, sino que también constituye una justificación para la muerte de la individualidad (p. 588). El instrumentalismo cambia la concepción de la sociedad, que pasa a ser una colmena (p. 589).

16. La vida en la colmena

Desenchufar de la red provocó episodios de síndrome de abstinencia, depresiones y ansiedades, en un grupo de jóvenes estudiados. En cada país, la mayoría de los participantes en el estudio admitió no haber podido aguantar todo un día desenchufados (p. 592). Mientras el adulto mira su teléfono unas 30 veces al día, el milenarismo promedio lo mira más de 257 veces (p. 595). La atracción magnética que las redes sociales ejercen sobre la gente joven, la impulsa a conductas más automáticas y menos voluntarias (p. 596). Facebook está diseñado para consumir la máxima cantidad posible del tiempo y la conciencia de los usuarios. “Se trata de mantener a los usuarios pegados a la colmena, ansiosos de conseguir nuevas dosis y dejando, mientras tanto, un rastro de materia prima tras de sí” (p. 599).

La adolescencia siempre ha sido una etapa en la cual la aceptación, la inclusión y el reconocimiento de los otros pueden parecer asuntos de vida o muerte (p. 600). El proyecto del capitalismo de la vigilancia se basa en el secreto (p. 605): mientras centramos nuestra atención en la multitud, los apresadores comerciales nos rodean con sus tecnologías y arrojan sus redes sobre nosotros. La intensificación comercial de la querencia al rebaño no puede sino complicar, retrasar o impedir la difícil negociación psicológica para alcanzar el equilibrio entre el yo y los otros (p. 620).

El funcionamiento de Facebook constituye un ingente experimento de modificación conductual (p. 622). Un nuevo colectivismo del que ahora el capitalismo de la vigilancia es el dueño y gestor. El mercado nos reduce a nuestra conducta transformada en una mercancía ficticia más, empaquetada para el consumo de otros (p. 623). El proceso busca matar el impulso interno a la autonomía y a la prolongada y emocionante elaboración del yo autónomo (p. 629).

17. El derecho de asilo y de refugio

La palabra griega *asylon* significa inexpugnable (p. 635). Según los arquitectos del *Gran otro*, no puede haber refugios. Nuestras paredes dejan de ser centinelas de nuestro refugio (p. 634). A medida que se intensifica la era digital y se extiende el capitalismo de la vigilancia, la milenaria solución del derecho de asilo deja de funcionar (p. 636). Ni siquiera la ampliación de nuestras tradicionales garantías frente al Estado nos resguarda del ataque contra el derecho

de asilo y de refugio del poder instrumental, alentado por los imperativos económicos del capitalismo de la vigilancia (p. 638).

A medida que los flujos de excedente conductual convergen en operaciones de fabricación, basadas en el aprendizaje de las máquinas, el volumen de la entrada de datos y los métodos de análisis superan la capacidad de comprensión humana. De hecho, un experto ha propuesto la creación de un organismo gubernamental, que se encargue de supervisar el desarrollo, la distribución, la venta y el uso de los algoritmos complejos (pp. 642-643). El capitalismo industrial expropió la naturaleza y las generaciones posteriores hemos tenido que soportar la carga de un planeta que se consume. ¿Añadiremos a esa carga la invasión y la conquista de la naturaleza humana por el capitalismo de la vigilancia? (p. 652).

18. Un golpe desde arriba

El capitalismo de la vigilancia se aparta del capitalismo de mercado en tres sentidos: enfatiza su derecho a la libertad y al conocimiento sin trabas, abandona las reciprocidades orgánicas tradicionales con las personas y delata un proyecto social colectivista, sustentado por una indiferencia radical (p. 657). Tanto Hayek como A. Smith establecen un vínculo inequívoco entre libertad e ignorancia. Según Hayek, el designio humano deliberado es imposible, porque los flujos de información relevante están fuera del ámbito controlable por la mente. La dinámica del mercado, la “mano invisible” de Smith, hace posible que las personas actúen en la ignorancia, sin que nadie tenga que decirles lo que deben hacer. Hayek antepuso el mercado a la democracia (p. 659).

En el capitalismo de la vigilancia, el mercado ya no es la mano invisible. La información total tiende a la certeza y, además, promete la generación de unos resultados garantizados. La libertad y la ignorancia no son ya hermanas mellizas (p. 660). *Nuestras vidas son rebañadas y vendidas para financiar su libertad (la de ellos) y nuestra subyugación, así como su conocimiento y nuestra ignorancia a propósito de lo que ellos saben* (p. 661). El dominio y el control de la división del aprendizaje social son rasgos distintivos, que rompen las viejas justificaciones de la mano invisible. *Los capitalistas de la vigilancia saben demasiado como para merecer la libertad que piden* (p. 662).

Google alcanzó los 532,000 millones de dólares de capitalización bursátil en 2016, mientras que Facebook llegó a 332,000 millones. Sin embargo, Google no ha llegado nunca a tener más de 75,000 personas en plantilla y Facebook no ha superado las 18,000. A General Motors le tomó cuatro décadas alcanzar el máximo volumen de capitalización bursátil, 25,150 millones, en 1965. En ese momento, tenía en nómina 735,000 trabajadores (p. 663).

La convergencia de la libertad y el conocimiento ha transformado a los capitalistas de la vigilancia en los autoproclamados amos de la sociedad (p. 669). Diversos políticos de Europa y Estados Unidos acusaron a Google y a Facebook de lucrarse con el odio y de debilitar la democracia con su información viciada (p. 676). El capitalismo de la vigilancia debe ser entendido como una fuerza social profundamente antidemocrática, como un golpe desde arriba, impulsado por el mercado, una especie de tiranía, que se nutre de las personas, pero no es de las personas (p. 679).

No requiere del látigo del déspota, ni de los campos de concentración y los gulags del totalitarismo. Lo único que necesita lo encuentra en los tranquilizadores mensajes y emoticonos del *Gran otro* (p. 680). Afecta a los que hasta ahora se tenían por los bienes más preciados de la naturaleza humana: la voluntad de querer, el carácter sagrado del individuo, los lazos de la intimidad, los elementos sociales que nos vinculan por medio de promesas y la confianza que generan (p. 683). Los resultados sugieren que el ideal democrático ha dejado de ser un imperativo sagrado, incluso para las ciudadanías de las sociedades democráticas maduras (p. 684).

La eficacia sin autonomía no es verdaderamente eficaz, la conformidad inducida por la dependencia nunca puede ser un hogar, la experiencia sin un lugar de asilo o de refugio es meramente una sombra, una vida que nos obliga a escondernos no es vida, lo táctil que no va acompañado de sentimiento no nos revela verdad alguna, y liberarnos de la incertidumbre no es libertad (p. 691).

Tres observaciones finales a modo de conclusión. Tanto el libro como el documental se muestran muy alarmados ante la amenaza de este nuevo Frankenstein, aunque terminan afirmando que entre todos podemos vencerlo. Visto lo que da de sí la historia, sospecho que, si se consigue esa victoria, se deberá más bien al esfuerzo de unos pocos —de un “resto de Israel”— que al de toda una humanidad alienada.

La autora parece concebir este capitalismo de la vigilancia como una deformación accidental del capitalismo. Creo que más bien se trata de una consecuencia del sistema, fundado en la lucha del capital contra el trabajo y en la aspiración al máximo beneficio como meta legítima. Quizás la autora tiene delante solo la época de un capitalismo reformado: pero reformado no por sí mismo, sino como protección ante la amenaza comunista. Una reforma que va desapareciendo desde la caída del comunismo.

El punto más importante me parece ser el siguiente. En sus comienzos, la manipulación y la supresión tácita de la libertad humana aparecen como único camino posible para conseguir una humanidad que conviva en paz, sin hacerse

daño. Esa era la meta de Skinner en *Walden dos*⁴. En este libro, esa manipulación se dirige solo a la maximización de beneficios de algunas compañías. Otra vez, la idolatría del dinero. Pero retomando la meta inicial, nos encontramos con la gran pregunta humana: ¿tienen algún valor el bien y la conducta moral cuando no brotan de la libertad, sino de la falta de esta? Retomando una vieja pregunta de J. P. Sartre: ¿sería mejor una creación “fascista”, donde no hubiera mal, que esta creación libre, pero tan expuesta al mal? Pregunta fundamental para cualquier reflexión teológica sobre el ser humano.

4. “La acción política no es buena para construir un mundo mejor... Los problemas psicológicos resultantes de la vida en común podrían resolverse aplicando los principios suministrados por la ingeniería de la conducta” (p. 13).